

« Majagua, septiembre 8.

» Señor don Manuel Roldán.

» Muy señor mío :

» Ha supuesto usted que yo no sé lo que es poesía bucólica, y esto me ofende. Ó se retracta usted, ó se pone á mi disposición, por medio de mis amigos, insignes oradores del país, don Crispulo Sánchez y don Clotilde Picapica.

» Soy de usted afectísimo seguro servidor, que besa su mano,

» JOSÉ COÑÁ. »

\*  
\* \*  
\*

« Majagua, septiembre 8.

» Señor don Manuel Roldán.

» Muy señor nuestro :

» El hecho de decir usted que no son bates colosales mis amigos y paisanos don Anacleto, digo, don Ruperto y don Ciriaco, glorias del país, es propio de un *sinvelgienza* como usted. Me ofende usted, ofende á Gómez y Pérez, y ofende también á esta culta sociedad, injuriada y escarnecida. Tendrá usted que batirse con medio millón de almas. Por de pronto ó se *retrata* usted en segui-

da ó *me* repara en el campo del honor, para cuyo terreno designo á mis paisanos don Carlota Cucuyé y don Severo Quijote.

» Soy de usted atento seguro servidor,

» q. b. s. m.,

» FRASQUITO CATACLISMO. »

\*  
\* \*  
\*

¡ Cosa rara! Manuel Roldán, que no había hecho caso de los insultos del periódico *Los Valientes* — ni quería provocar un desafío por codazo más ó menos — estaba resuelto á batirse con el mismo Dios antes que declarar poetas á don Ciriaco y don Ruperto. ¡ Poetas bucólicos aquellos Gómez y Pérez! Antes morir que dar esa patente.

La camarilla de los Coñá y Cataclismo estaba de plácemes. Manolo no sabía lo que era un arma, y José Coñá era en Majagua el *La Sosa* descrito por Fernanflor. Cuando pedía alguna persona ser presentada á él, sus amigos le decían al oído : « ¡ Quince duelos! » Era más terrible que *La Sosa*, porque manejaba mejor las armas y tenía la entraña más negra. Se había alquilado varias veces, como su compañero Cataclismo, para batirse. En la sombra y en silencio ajustaba friamente el precio de la estocada ó del bala-

zo que daría para quitar de en medio á un hombre que no le había inferido agravio alguno. El periódico *La Polémica* publicó un suelto que aludía á José Coñá, asegurando que le habían ofrecido sesenta onzas por provocar á un desafío al director de aquel periódico. No faltaban indicios para sospechar que el duelo entre Roldán y Coñá era una emboscada en la que había caído aquél inocentemente. Se recordaba en el teatro haber visto á Coñá mirando con un monóculo de un modo impertinente á Manuel Roldán. Recordábase también que varias veces le había mirado de arriba abajo en actitud agresiva en Majagua, metiéndose los dedos pulgares en las sobaqueras y meneando la pierna derecha... ¡Ya hacía tiempo que toda Majagua contemplaba á la araña tendiendo la red para cazar á la mosca!... La muerte de Roldán estaba decretada por la envidia de la turbamulta y pagada por un expresidario, propietario de un periódico al cual había quitado aquél, escribiendo en *La Polémica*, popularidad y venta.

La idea de que iba á consumarse, con premeditación y alevosía, un asesinato, no podía menos de poner carne de gallina á la ralea de admiradores que formaba la camarilla de José Coñá. La noche que precedió al duelo habían vis-

to, por la reja del balcón de la casa de Coñá, algunas sombras que desfilaban por la acera de enfrente, y reconocieron en ellas á varios amigos de Manolo. ¡Aquello era grave! Sintieron miedo; creyeron que pensaban en asaltar la casa para darles muerte; la idea de un crimen se les representó en la azorada conciencia, por lo mismo de estar preparándose para cometer uno, y corrieron á encender el farol del portal y en seguida al teléfono para decir á Coñá, el cual estaba en el teatro : « Manda refuerzos. »

Sin embargo, las sombras eran inofensivas, tan inofensivas como Manolo. Los amigos de éste paseaban, curioseando, por las cercanías de la casa de Coñá, porque alguien les dijo que había dispuesta en ella una opípara cena para celebrar anticipadamente la muerte de Roldán. ¡Y aquel Manolo, que no se preparaba, ni siquiera se le ocurría hacer un centenar de disparos en alguno de los innumerables tiros de pistola que tenía Majagua!

El desafío había de verificarse á primera hora del día siguiente. Llovía, y de la empapada tierra salía un vaho acre y untuoso. Centenares de personas, madrugadoras y alegres, dirigíanse en coche, como si fueran á una romería, al sitio designado para el combate. Primero llegaron Ma-

nolo (calado de agua y con cara de sueño), sus padrinos y un criado que transportaba una camilla; y en seguida bajaron de un carruaje, orlado triunfalmente, José Coñá y sus amigos.

La elección de armas pertenecía á Coñá. Roldán se batía á pistola; y él, que iba allí á juzgarse la vida por negar la palma de poetas á los Ciriacos y Rupertos, no llevaba armas y tuvo que aceptar las pistolas de su adversario... La muerte de Manolo era inevitable... ¡Se la veía reflejada en la cara de Coñá!...

Habíanse colocado de espaldas, á veinte pasos, para volverse á la voz de mando y disparar simultáneamente. Los espectadores aplaudían la correcta apostura de Coñá, y no podían menos de reírse de Manolo, que tenía todas las trazas de un polichinela...

¡Una!... ¡Dos!... ¡Tres!... Se les vió volver la cara y disparar al mismo tiempo que brillaba el fogonazo y sonaba la detonación como si fuera de un solo tiro...

Y entonces se percibió una cosa increíble. Manuel Roldán se mantenía en pie, seriamente, con la seriedad risible de un pollo mojado, en tanto que á Coñá le amarilleó la cara, le flaquearon las piernas, dejó caer la pistola de entre las crispadas manos y cayó él mismo cuan largo era sobre

la hierba húmeda, con el cráneo atravesado por mitad de la frente.

.....  
Majagua, saboreando uno de sus mejores placeres de *sport*, deliraba de gozo la noche del suceso y rendía pleito homenaje á Manuel Roldán, cuya fama tocaba las nubes. Su personalidad había crecido tanto en pocas horas, que ya lograba arrastrar en pos á los admiradores y paniaguados de Coñá, los cuales ensalzaban el valor del vivo á la vez que ponían de cobarde al muerto que les hizo sentir tanto y tan hondo las horcas caudinas de su bravuconería. Plácemes, apretones de manos, abrazos, besos, achuchones, vivas á Manolo, demostraciones de rebajamiento que no pedía él; millares de personas que se le acercaban en el teatro y en el café queriendo alistarse en su banderín de enganche... y, rompiendo el vocerío del entusiasmo, se oyó distintamente la voz de Enrique de Lara, que decía á Manolo:

— Vais, joven incauto, por una senda de perdición. Habéis peleado por el honor contra gentes que no lo tienen; ved el resultado: ¡os aplaude el pandillaje infame!...

## XI

La idolatría tributada á Manolo, con ser tan entusiástica, duró sin embargo lo que las rosas. No podía él comulgar con gentes bautizadas por Enrique de Lara con el pintoresco título de pandillaje infame. No podía tampoco el pandillaje reconocer la jefatura de un hombre como Manolo. Uno y otro comprendieron bien pronto que Roldán había sido héroe á palos. Lo cierto era que le quitaba el sueño la amarillenta mueca de Coñá en el supremo instante de perder la vida...

Por otra parte, los mismos apologistas de su hazaña se morían de envidia y deseaban tirarle del pavés sobre el cual le alzaron. Bien es verdad que viste mucho en el carnaval del mundo el haber dado muerte á un hombre; pero la ralea que se declaró voluntariamente esclava de Manolo se enteraba poco á poco de que aquella muerte fué sin querer y que el matador no tenía la menor gana de volver á serlo. ¡Qué desencanto!... Y Manolo, que lo veía claro, les trataba, sin poderlo remediar, con cierto asco que no pasaba inadvertido.

La deserción empezó á iniciarse paulatinamente, y surgieron, en pos de la deserción, las pro-

vocaciones en comparsa. Todos y cada uno estaban en acecho de que flaqueara Manolo para sentar con él plaza de matón. Se le estudiaba, se le medía de arriba abajo. Sabíase que estaba muy quebrantado; que se trabajaba con fervor para suprimirle de la judicatura; que su familia, de rica que había sido por su casa, se empobrecía cada vez más; que menudeaban para él disgustos y tribulaciones, y que deseaba, en fin, al mismo tiempo vivir para los afectos y deberes de su hogar. El ídolo se tambaleaba, y la ocasión era propicia para empujarlo...

Él reducía cada día más el círculo de sus relaciones amistosas. Apenas se le veía en el teatro, ni en el café, ni siquiera en la calle. Recelaba una intriga, temía una emboscada, husmeaba la verdad en el fondo de corazones repletos de perfidias y en la superficie de labios pálidos y amoratados que debió de presentir Ovidio en su gráfica y magistral pintura de la envidia... Ya no sabía quién era amigo suyo ni quién dejaba de serlo. La amistad y la enemistad, la lealtad y la traición se confundían allí en la misma línea de la socarronería... Si confiaba alguna de sus penas en uno de esos momentos de expansión que son desahogo necesario de un alma cautiva que se desdobra á solas, no tardaba en averiguar que

el amigo que le incitó con cariños y zalamerías á exteriorizar su sentimiento lo divulgaba afanoso entre sus mismos adversarios. Era Manolo como una mosca atontada que se dejaba aprisionar en la red de mentiras y alevosías urdida mañosamente por arañas *sui generis* que tenían piel de paloma y corazón de víbora.

Al primero que se atrevió á denigrarle, y lo hizo impunemente, siguió otro y luego ciento. Las primeras explicaciones que dió, porque estaban puestas en razón, hiciéronse, con fundamento ó sin él, interminables. Todo el mundo publicaba contra él un suelto, un artículo ó un comunicado. Todo el mundo le pedía una reparación. Á creer lo que decían unos y otros, era cierto que todo el mundo le había dado « una trompada ». Media Majagua se apresuró á dejarle tarjetas de desafío tan pronto como corrió la voz de que había evitado dignamente una cuestión. Se formó cola en los alrededores de su casa, y los periódicos tiraron suplementos para dar cabida á comunicados de horteras, zapateros, barrrenderos más ó menos bucólicos, Rupertos y Ciriacos. Para contrarrestar aquella invasión de comunicantes, habría hecho falta matar diariamente una docena de Coñaques...

Roldán estaba solo... Risco y Gaviria, que sen-

tían verdaderamente tan inmerecido infortunio, no podían remediarlo, ni hacer causa común con él sin exponerse á que les tocara algo del chaparrón de infamias; y Enrique de Lara, al verle discurrir, hecho un Nazareno, por entre las turbas, se contentó con exclamar filosóficamente:

— ¡Hombre al agua! ¡Ya decía yo que no valía para vivir en este país esencialmente fiel y bodeguero!

Valerosas é implacables para con el caído, toleradas por el gobernador sin piernas y robustecidas por la prensa, la curia y la poesía bucólica, — entidades todas que tenían que vengar agravios de Manolo, — aquellas gentes no daban paz á la inventiva para escarnecerlo. Idearon sacarle procesionalmente en forma de monigote, con toga parecida á hopa de sentenciado á muerte y con birrete que tenía trazas de becoquín por carnestolendas, sobre el cual habíase escrito con letras gordas las palabras *prevaricador, ladrón, canalla, sinvergüenza*, y otras más del diccionario majagüeño. Multitud clamorosa que seguía al mamaracho carnavalesco en vértigo de danza macabra de canibales, colgóle de un farol, frente á frente de la casa de Manolo, y prorrumpió, después de verificar esta patriótica ceremonia, en atronador ¡muera! (con cuatro aes como el alerta del « edi-

torial »). Le escupieron á la cara, le dieron de palos, le tiraron bocados... En medio del delirio africano, vociferó para afrentarle una cuarterona, jurando por su honor que había dormido con Manolo; ¡y aquella cuarterona, abandonada y envilecida, era la mísera mujer de Frasquito Cataclismo, loca de remate!...

Á hora muy avanzada de la noche pudo Manolo, revolviéndose como epiléptico en el lecho, conciliar el olvido, ya que no el descanso, de aquellas escenas; y allá, entre sueños, veía al monigote, repleto de ridiculez, llenando la calle con la sotana que se extendía como una mancha negra por toda Majagua; en tanto que el birrete bajaba y subía á intervalos, á semejanza de muñeco Guignol, tocando el suelo, tan pronto como se perdía en las nubes. Al despertar de su sueño de enfermo, Manolo sintió en el espíritu la impresión hiriente que deja en la carne la rozadura de un acerico cuajado de agujas, como si hubiera velado su espíritu, mientras dormía rendida la materia, sobre un pan de avispas irritadas...

## XII

Un suceso tan inesperado como grave acabó de hacer desesperante la situación de Manolo. Su ma-

dre perdió, en la quiebra de los señores Galarrégui y compañía, el único patrimonio que quedaba á la familia y con él la exigua renta de que vivía modestamente. En el lenguaje del mal humor que origina la pobreza, adquiere proporciones de venenoso agravio la más suave de las censuras. Arreciaron las rencillas domésticas, acusáronse unos á otros, con frenético ardimiento, los buenos hermanos; y el mismo Manolo demostraba una intemperancia extraordinaria cuando le decían que la esquivez de su carácter había contribuido grandemente á fomentar la odiosidad de que era víctima en Majagua; que precisaba estar bien con todos, vivir con todo el mundo, en una situación de « tira y afloja »...

Habíase alterado profundamente su salud. En vano cuidaba de él con solícito cariño la infortunada doña Angustias, que se explicaba la enfermedad de Manolo como producto de sus desórdenes en materia de higiene.

— ¡Ayer comiste tan tarde! le decía.

Ó bien :

— Eso que tienes es efecto de la horchata que tomaste anoche; ¡si ya te lo dije!

¡Oh, sí! aquel malestar acabaría muy pronto si su hijo quisiera hacerle caso. Ella le decía amorosamente, cuando le contemplaba pálido y

desencajado después de una noche de pensar y sufrir en el potro de tormento que le servía de lecho:

— Si quisieras ponerte en el vientre una franjelita con ron alcanforado, verías que te curabas como con la mano.

Y otras veces:

— Mira, hijo, tú debías tomar...

— ¡El vapor, mamá, el vapor! le interrumpía Manolo con injustificada impaciencia y mal reprimido enojo.

La buena señora no profundizaba en el espíritu de su hijo, ni adivinaba la causa de la misantropía que como tempestad de sombras había caído sobre él y le obligaba á preguntarse en silencio si la existencia no era más que urdimbre de conflictos para el hombre justo; si el destino de éste no era el de mártir arrojado á las fieras en el sangriento circo de la vida. La virtud hollada y escarnecida y el vicio ensalzado y temido; placeres sin cuento para el hombre que nació sin sentido moral y amarguras innumerables para el hombre dotado de sentimiento; el combate diario y eterno entre los individuos de una misma especie, y la destrucción constante, fatal, necesaria, del más débil por el más fuerte... ¡toda la podredumbre que enseñaba al desnudo, como sín-

tesis de la canallada universal, aquella Majagua primitiva!... ¿Era eso la vida? Sí, indudablemente era eso; y Manolo pensaba, al llegar á este punto de sus reflexiones, que no valía la vida el trabajo de defenderla contra la muerte, y que si no le retuviera en la cárcel del mundo la indestructible argolla del deber, moriría friamente como murió Adela, su alma melliza en la conjunción de las tristezas del pensamiento. Puesto que era cierto que hay seres en la gran familia de timadores y timados que se llama humanidad, condenados por ley ciega y fatal á servir de moscas en la monstruosa red de la vida, ¿á qué esforzarse por evitar el peligro, ni á qué seguir aleteando para caer irremisiblemente en él?... Sí, en medio del terrible abordaje de la vida, saturada de las emanaciones de las letrinas y del ponzoñoso hálito de las personas, Manolo agonizaba. Ahogábase de pena, de vergüenza, de asco... Poníanle enfermo, á un mismo tiempo, las altiveces del funcionario público que salía de Palacio á exhibirse como un sátrapa viendo de rodillas á un pueblo de eunucos sin decoro y sin conciencia, y las ruindades del dependiente de comercio que cruzaba las calles, en camiseta sudada y mal oliente, andando en chancleta.

Aquel mundo de prosa se le hacía insoportable.

En la prensa, la diatriba estúpida chorreando insultos y calumnias; en el juzgado, el trato con los litigantes, alguaciles y papeles de oficio; en el hogar, el roce con tristezas irreparables y con desesperaciones sin fondo. Deseaba volar, salir de entre las ventosas que le atenaceaban el entendimiento y el corazón, y se sentía retenido, mal grado suyo, por incontrastable fuerza, simbolizada en los deberes creados y mantenidos por la ley de la costumbre. Consideraba perdidos los prestigios de su nombre y las energías de su carácter, ahogado material y moralmente por una montaña de prosa. Los legajos le asediaban, le invadían, se aplastaban contra él, le escupían el odio de su vejez de forma y fondo, le hacían horribles muecas con los garabatos de las firmas notariales, y todavía, cuando trataba de conciliar el sueño, desfilaban ante él en fúnebre procesión de espectros, rechonchos, mofletudos, atados por la cintura á modo de frailuna gente, exhalando de sus páginas el acre olor del egoísmo escrito sobre carpetas con polvo amontonado por el tiempo. ¡Manolo se moría! La amarga ola del corazón herido le subía á la boca en espumarajos sanguinolentos. El pus del rencor contra los fatalismos de su suerte corría evenenándole la sangre; y al fin cayó vencido, anonadado, sin causa apa-

rente de muerte y muriendo sin embargo de un solo golpe asestado en la sombra por la mano de lo desconocido.

La familia no entendía aquella muerte, ni podía explicársela, « en el momento más precioso de la vida de Manolo, cuando había logrado situarse *tan bien* en el destino que ella había soñado para él ». ¡No! Aquello era un absurdo, un imposible « una barbaridad de la Providencia », la cual privaba á la familia del bienestar que había logrado, gracias á Manolo. ¡No, no!... Pero para confirmar al suceso, estaba allí el muerto, con la cabeza desgonzada por el garrote vil de los respetos que guardara contra su voluntad, con la boca pegada á una carpeta en actitud de morderla, escurriendo de sus ojos yertos una inmensa lágrima que derramó el sentimiento en su noche de rocío y que congeló el deber en el fondo de las roídas entrañas.

Al día siguiente fué el entierro. Algunos vecinos piadosos se pusieron la levita y el sombrero de paja para acompañar procesionalmente al muerto, al son de fúnebre marcha que tenía el mismo aire del tango con que recibieron al vivo á bordo del vapor *Victoria*. Cuatro personas de viso en Majagua llevaron los cordones del féretro, sobre el cual se destacaba, como irrisorio emble-



ma, el bastón con borlas de juez. Uno de aquellos respetables señores, orador vibrante y fúnebre (subvencionado por la Funeraria), que enterraba á todos los muertos notables de la ciudad echándoles el propio discurso, despidió el duelo en el cementerio, asegurando, « con voz conmovida pero elocuente », según decía el mismo periódico, que « la carrera judicial estaba de pésame »; y un *vate* colosal roció la tumba con las perlas de una poesía pastoril, cuya última estrofa bailable hizo, si no mintió en su periódico Enrique de Lara, mover al muerto... Parientes y amigos, « resignados ya á sufrir la nueva desgracia que les enviaba Dios », habíanse retirado á descansar, porque velaron hasta muy entrada la noche zumbando al rededor del cadáver como moscardones dispersos por la muerte que revolotean aún sobre los restos del animal á quien gangrenaron la sangre y envenenaron la vida. ¡Sólo doña Angustias abrazada, como á la cruz bendita, á la cabecera de la suntuosa cama en donde yacieron el padre y el hijo, sintiendo que nuevamente, y esta vez para siempre, se le venía abajo, continuaba allí, en el lecho, sin gemir ni llorar, enloquecida la mirada, secos los ojos!...

## LOS INSEPARABLES

« Querido Luis: Ayer murieron los dos pajaritos que me trajiste de Londres; se querían demasiado. El machito, á fuerza de amor, mató á la hembra, y él se murió de tristeza... ¡Pobrecitos! Estas dos muertes me han hecho mucho daño. Voy á regalar todos mis pájaros... hasta los inseparables. ¡Qué crimen!

» CARÓ. »

### I

Se había recostado en una *chaise longue*, con toda la refinada elegancia de una parisiense y toda la insolente indolencia de una criolla... La expresión de su rostro, de ordinario picaresca y retozona, hacíase por momentos reflexiva y triste. No aleteaban ya con amor sobre las pupilas de sus ojos — tan chispeantes y malignos, que parecían abiertos con el escapelo de Arouet en un capullo de camelia — las pestañas que los guarnecían como una *peluche* negra rodeada á los bordes de dos cuencas de cristal purísimo. Su tez tomaba el color mate de una flor enferma... sus labios formaban una imperceptible línea que iba perdiendo